

El punto de vista

LEONOR, SUCESIÓN, REFORMA

Un referendo sobre la igualdad de sexos para heredar el trono no es un plebiscito sobre la Corona

MONTSERRAT
Nebreira*

Azar no es más que el nombre que damos a reglas que desconocemos. Traducido: tenía que ser **Leonor** (y no **Juan IV**) la primera en llegar, para que se abriese un debate nuevo, también sobre la forma de Estado, ahora que es ya casi irrespirable el aire de guerra política en torno a la reforma estatutaria. Con la fuerza imparabable de un futuro social en femenino, **Leonor** nos aboca a unir dos temas que de otro modo habrían tenido vida independiente al menos durante un par de generaciones: su sucesión al trono y la reforma constitucional.

Tiene poco sentido jurídico reformar la Constitución para garantizar que la edad prevalezca sobre el sexo en la sucesión real. Hace décadas que el constitucionalismo de países tan republicanos como Italia sabe que a una institución que simboliza un sistema tan opuesto a la democracia, y, por tanto, al principio de igualdad, no se le pueden aplicar, sin más, criterios igualitarios; sería como, pongamos por caso, reivindicar una discriminación positiva y establecer que a partir de ahora reinarán sólo mujeres hasta que su número se equipare al de reyes. La

monarquía, como la nobleza, tiene reglas propias de funcionamiento, y por tanto, sólo sería factible cuestionar la institución en sí, no sus procedimientos, máxime cuando éstos han sido incorporados a la Constitución, y por tanto a un pacto, que con los defectos y virtudes de cualquier proceso constituyente, fue realizado tan democráticamente como pudiera serlo ahora su reforma, negando de ese modo la posibilidad de que las normas de la Constitución sean tildadas de inconstitucionales.

Otra cosa es, en cambio, la necesidad política de que la reforma establezca tal igualdad, no sólo por la fuerza de una opinión pública claramente decantada, sino porque, y comparten la idea PP y PSOE, es un refuerzo a la institución monárquica y, por tanto, a la cohesión del Estado. El príncipe **Felipe** ha expresado ya su disposición a aceptar la decisión de las Cortes y el pueblo al respecto, una actitud que, como su propio matrimonio, le afianza hoy en el cargo (un rey humano), aunque pueda hipotecar el futuro de la institución (un rey demasiado humano).

MÁS ALLÁ de la inconsistencia jurídica de esta reforma, más allá incluso de su conveniencia política, se sitúan intereses partidistas que sin duda acabarán por crear otro círculo de vicio político-mediático como el del Estatut. Por separar esta reforma de cualquier otra aboga la seguridad jurídica (la teoría

constitucional suele cuestionar la legitimidad democrática de las consultas referendarias múltiples), pero también la conveniencia del PP: ahora que las encuestas aventuran su repunte frente al PSOE, disolver las Cortes y convocar elecciones sería un plato de su agrado. Por la reforma del tema de la sucesión conjuntamente con los otros tres en su día planteados al Consejo de Estado, y por el mantenimiento de la *hoja de ruta* de su programa electoral, está, en cambio, el PSOE. Dilatar en el tiempo la consulta, y por tanto, la convocatoria de elecciones, propiciaría aliviar el desgaste que las tur-

Sólo sería factible cuestionar la institución monárquica en sí, nunca sus procedimientos

bulencias estatutarias le hayan producido, al tiempo que una oportunidad de consensuar con el otro partido estatalista la reforma del Senado en pro de un objetivo común: evitar el secuestro de las mayorías en el Congreso por las minorías nacionalistas. A su vez éstas reclaman que el costoso viaje, que lo es, de la reforma constitucional se aproveche a fondo, y desde su óptica el provecho sería la reconsideración total de la forma de Estado, *autodeterminación* o *república* incluidas, según el caso.

Mientras la clase política va tomando conciencia de lo que se juega en el *tempo* de la reforma constitu-

cional, algún dato avala la conveniencia de reformar ahora. Si la reforma del criterio de sucesión se demorase tanto que ya hubiese nacido un hijo varón, las cosas se complicarían un tanto: consolidada la línea de sucesión en él, **Leonor** ya no podría ser reina salvo en la desgracia fraterna.

PERO ESO sí, no confundamos lo necesario, lo posible, lo conveniente o lo interesado, con lo erróneo: el referendo sobre la sucesión real no podría ser considerado un plebiscito sobre la Corona. Reto a quien lo afirme a explicar qué resultado tendría tal carácter: ¿una gran abstención (como la de España sobre la Euroconstitución)? ¿Un sí mayoritario (a la pregunta de si queremos que la mujer tenga el mismo derecho que el hombre a reinar)? ¿Un no arrasador? Antes del *no* francés al tratado constitucional que ofrecía Europa, alguien podría pensar que somos capaces de interpretar el monosílabo de la discordia. Hoy, después de verborrea sin fin sobre su significado, eso es ya sólo frivolidad, un farol de póquer de quienes querrían aprovechar cualquier oportunidad para decir que España no es un país monárquico. Pero creo que el movimiento se demuestra andando, y hoy el movimiento es femenino, pero también real. =

*Catedrática de Derecho Constitucional. Universitat Internacional de Catalunya.

PEQUEÑO

OBSERVATORIO



JOSEP MARIA

Espinàs

EXPLOSIÓN VITAL DE UNA CIUDAD

En otras ocasiones, Londres no me había impresionado tanto. Ahora he tenido la sensación clarísima de que era la gran capital de Europa. Lo digo sin abdicar de mi devoción por París, que viene de lejos y que tiene raíces sentimentales, culturales, gastronómicas.

No hablo de sus monumentos, sino de la intensísima vitalidad del Londres central y, por lo que he podido entrever, también de algún barrio exterior –aunque el nivel sea otro; hay suburbios decadentes y también llenos de vida–. Pero el Londres céntrico, que por otro lado es tan extenso, es muy instructivo para un barcelonés, por poco observador que sea. Para empezar, no he visto ningún papel en el suelo, pese a la densidad tan alta y tan permanente de peatones que hay no sólo en la larguísima Oxford Street, sino también en Piccadilly, Knightbridge, Trafalgar, Regent Street... Es verdad que yo estaba de pie, con la pipa en la boca, y me ha pedido fuego una chica muy gorda, pero llegar a creer que las calles están a rebosar porque la gente es obesa... Me he cansado de ver gordos y flacos, viejos y jóvenes desviándose unos pasos de su camino para tirar algo a una papelera. Será que las vacían más a menudo que aquí.

Por Oxford Street sólo circulan autobuses y taxis. En un centenar de metros he contado 14 autobuses. Y no oí ni un claxon, ni cuando un vehículo debe hacer una maniobra invasiva de otro carril para superar un atasco ni cuando los peatones cruzan en rojo. ¿Por qué cometen habitualmente esta infracción? Porque si no lo hicieran, supongo, el ataque en las aceras sería enorme. Desde hace años admiro a los ingleses, y a los británicos en general, por dos cualidades que parecen contradictorias: el rigor en las normas y la comprensiva tolerancia.

Londres es capital de la diversidad: todas las etnias, todos los vestuarios, algunos de los locales más destaralados y algunos de los mejores restaurantes del mundo –contra lo que se cree–. Si encima hace buen tiempo, un gran observatorio para este pequeño observador. =

el pulso de la prensa internacional

CARLOS
Eldordi

LA REVUELTA VA A SEGUIR

EL FINANCIER TIMES ha recordado algo que **Chirac** escribió hace 10 años, cuando aún no había sido elegido presidente: «La mitad de la población francesa no se siente entendida ni protegida. Su desesperación puede incitar a la ira. Existe el riesgo de una explosión social». El diario británico no ha añadido comentario alguno. No hacía falta: ningún análisis puede explicar mejor que esa cita qué ha fallado para que Francia haya llegado al drama que ahora viven sus suburbios y que aún podría empeorar. «Esto es sólo en principio», ha declarado un joven parado franco-africano a THE NEW YORK TIMES, que al igual que otros diarios norteamericanos y todos los europeos están prestando una atención prioritaria a la revuelta francesa. «Esto no acabará hasta que

mueran dos policías», añade el muchacho. O sea, la cosa seguirá hasta que no sean vengados los dos chavales que hace casi dos semanas murieron electrocutados en Clichy-sur-Bois.

►► Los diarios franceses no se atreven a hacer pronóstico. Se limitan, y de modo cada vez más coincidente, sean de derechas o de izquierdas, a subrayar lo mal que se han hecho las cosas hasta ahora a pesar de que todos, entre ellos los propios diarios, sabían los riesgos que se corrían. «Francia paga ahora su arrogancia», ha escrito el editorialista de LE FIGARO: «Su famoso modelo de integración hace aguas a la vista de todo el mundo. [...] Es ilusorio pensar que unas cuantas medidas técnicas vayan ahora a dar esperanza a esos franceses que proceden de la emigración». El de LIBÉRATION subraya el miedo que atenaza a mucha gente. Un miedo que explicaría por qué el domingo **Chirac** proclamaba que ahora lo prioritario es restablecer el orden público: «Aún sólo es una angustia, pero podría desembocar en pánico si se sigue comprobando que el Estado ya no garantiza la paz pública», ha escrito **Libération**. Y es significativo que una encuesta de LE PARISIEN del domingo concluyera que el 57% de los franceses sigue teniendo una imagen positiva de **Sarkozy**, la cara dura del Gobierno, aunque todos los diarios hayan dicho que ha sido el quien «ha prendido la cerilla» –en expresión de LE DAUPHINÉ LIBÉRÉ– que ha desatado el incendio.

►► El peligro de que la revuelta de los barrios derechoes aún más la sociedad francesa es sugerido por varios analistas. Esto escribe LE MONDE: «Para que no se repita la catástrofe del 2002, cuando Le Pen pasó a la segunda vuelta de las presi-



Libération advierte de que el Estado y los poderes públicos están cuestionados.

denciales, los políticos han de reflexionar en serio sobre cómo se puede reconstruir una parte de la sociedad francesa». «No se puede mantener impunemente a una parte de la población tras los barrotes del aburrimiento, la no inserción y el desprecio», dice **Bruno Frappat** en el católico LA CROIX.

►► Mientras tanto, varios diarios europeos han expresado su temor de que el mal francés se extienda más allá de sus fronteras. «Esos chicos de los suburbios no piden un nuevo sistema político, sino acceder al mercado de consumo y a unos trabajos menos precarios. Y que sus barrios dejen de ser guetos. Sin actuaciones públicas que afronten esos temas, no sólo Francia, sino toda Europa está destinada en los próximos años a ser escenario de nuevas revueltas de odio», escribe el sociólogo **Renzo Guolo** en LA REPUBBLICA. =